

Antonio ANNINO, Luis CASTRO LEIVA y François-Xavier GUERRA (comps.): *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*. Zaragoza: IberCaja-Forum Internacional des Sciences Humaines, 1994, 620 pp.

Nunca acaba el debate sobre el nacionalismo. Una simple ojeada histórica basta para comprobar los múltiples rostros que adopta; hoy de izquierdas y mañana de derechas, aquí emancipador y más allá imperialista. Mientras un historiador describe ciertos acontecimientos como una manifestación legítima de resistencia, para otro no pasan de ser titubeos reaccionarios. Escribir historia es una práctica académica de naturaleza hermenéutica y narrativa. Los testimonios siempre son interesados y el historiador no tiene una bola mágica con qué contemplar el pasado: ningún método podrá eliminar la tarea interpretativa, pues como enseñó Ortega, las humanidades no progresan por acumulación, sino por aquilatación. Pero tanta discrepancia, sin embargo, tiene raíces más profundas, pues nadie negará la dificultad de escribir sobre un tema que exige conjugar la tensión entre tradición y modernidad, dependencia y autonomía, o centro y periferia. La nación, por otra parte, no es un hecho exclusivamente nacional, sino que involucra decisivos intereses foráneos, ya sea por la frecuente presencia de tropas y capitales extranjeros, ya sea mediante la más sutil influencia de discursos extraños *prêt-à-porter* que fabrican y exportan modelos de desarrollo político y social que son incapaces de reconocer en la diferencia y en la pluralidad valores que es necesario preservar.

No sólo enfrentamos tal diversidad de visiones cuando recorremos la ancha geografía del planeta, a través del tiempo o del espacio. También dentro de una misma unidad política suelen ser varias las ideologías que intentan monopolizar la exclusividad y el discurso sobre lo que es o lo que conviene a la República, al reino o al Estado, pues con todos estos términos se apela a esencias de lo que constituye un país. Siempre hay muchos candidatos a tomar la palabra —o las armas— para suplantar al conjunto de la población o de las instituciones representativas, hablar en su nombre, proyectando sobre abstracciones como las de pueblo, nación o ciudadanía una identidad ventrilocua.

El nacionalismo, síntesis para marxistas y liberales de todo lo atávico o reaccionario que se oponía a sagradas y, quizás por ello, sangrantes utopías universalistas, fue anatemizado. Desde la cloaca a la que fue arrojado, reemerge tan elusivo como siempre.

Hace dos décadas que también se extendió una literatura que nos invitó a trocar nuestra vieja visión por otra más optimista, una vez que las divisiones horizontales de lo social —en clases, estamentos o corporaciones— han dejado de ser preocupación exclusiva de sociólogos y politólogos para dar cabida a las de naturaleza vertical, como las basadas en la religión, la etnia o la lengua. El libro que comentamos constituye el esfuerzo más serio, homogéneo y sistemático de que disponemos para comprender comparativamente el complejo proceso que condujo a los antiguos territorios que formaban los imperios ibéricos en América desde su condición de colonias hasta la de Estados independientes. Se trata de una obra colectiva, nacida de un congreso celebrado en 1992 y auspiciado por el *Forum International des Sciences Humaines*, cuyos capítulos se entrecruzan dialogando entre sí, sin que el lector tenga la impresión de asistir a una secuencia invertebrada de monólogos autistas. Tal característica, unida al tema que aborda, convierte la obra en una rara excepción en un medio intelectual poco habituado a los esfuerzos comparativos y a la construcción colectiva de ideas.

Iberoamérica siempre fue demasiado grande y estuvo demasiado alejada de Europa como para que pudiera allí instaurarse un poder omnicompreensivo y unívoco. Las potencias ibéricas tuvieron que negociar un equilibrio entre sus intereses metropolitanos y la realidad local de cada centro colonial. La tradición política ibérica ayudó para que las fórmulas de gobierno reconocieran cotas estimables de autonomía a los municipios frente a las capitales, ya fuesen de reinos, gobernaciones o capitanías. Del concurso de esta doble tensión entre centro y periferia —metrópoli/colonia y local/regional— emergió lo que ha llegado a conocerse como el pacto colonial, una fórmula de dominio que reconocía la existencia de una pluralidad de situaciones o de intereses.

Al final del antiguo régimen termina la estabilidad relativa del imperio. España y Portugal son invadidas por los ejércitos franceses de Napoleón, y el rey, garante y esencia de la unidad política, debe optar entre renunciar al trono o ponerse a buen recaudo. La primera alternativa fue la adoptada por Fernando VII, mientras que la corte lisboeta optó por trasladarse al otro lado del Atlántico, instalándose en Rio de Janeiro en 1808. Así, mientras que en el imperio español se produjo una quiebra de soberanía que revertía al pueblo —concepto rápidamente identificado con el de pueblos o poblaciones— la legitimidad del po-

der, en el portugués hubo una continuidad que permitiría lograr la independencia sin mediar una guerra. Esto constituye una singularidad que tal vez explique por qué se fragmentó tanto la América española, mientras que Brasil permaneció unido.

La independencia de aquélla involucrará un doble proceso: luchar contra una metrópoli europea y, simultáneamente, construir unidades regionales de poder. Y en este último punto, contra lo que pudiera pensarse, no se distinguieron ambos imperios, pues las lealtades que predicaban las élites locales se proyectaban sobre los territorios donde ejercían su influencia, la llamada "patria chica". De ahí el interés por evaluar si la independencia fue una secuencia de guerras de emancipación o, por el contrario, de enfrentamientos bélicos civiles. A dilucidar este punto, con todas sus implicaciones en los ámbitos diplomático, militar, jurídico, institucional o cultural, se destinan una buena cantidad de los capítulos del libro, desbrozando desde diferentes perspectivas el viejo tópico de la "herencia colonial".

Si construir un Estado, ya fuese patrimonialista, oligárquico, federalista o autoritario, fue complejo, no lo habría de ser menos inventarse una nación o, en otros términos, poner en marcha fuerzas centrípetas distintas al garrote y tentetieso, que cohesionaran a los habitantes de tan dispares territorios y contrarrestasen la vigencia de intereses caudillistas o la competencia entre provincias. Si, como afirmó Renan, la nación descansa sobre los dos fundamentos indisociables de "Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente", entonces la tarea de los intelectuales y políticos era ingente, pues ambos pilares requerían inventar una tradición y poner en marcha mecanismos de difusión —como la prensa, las fiestas nacionales o la educación—, que permitieran colonizar el imaginario colectivo.

Pero una república de propietarios que, como sucedió durante la colonia, se apoyaba principalmente en la explotación de la mano de obra indígena o esclava, en la existencia de redes clientelistas y en la exportación de materias primas, estaba ante contradicciones casi invencibles, dudando si integrar a la gran masa de población india o negra, o si renunciar a sus intereses locales y permitir que cristalizase una cultura nacional más pluralista junto a una autoridad política centralizada. El libro contiene una excelente colección de estudios que muestra cómo el lenguaje de las élites transita desde la semiótica de la emancipación a la del progreso, antes de que, ya a principios de nuestra centuria, triunfe la simbólica del indianismo. Un camino parale-

lo al que, tras el abandono de la retórica de la Ilustración, condujo al desencanto antiliberal y antipositivista de principios de nuestro siglo, después de idolatrar el progreso científico-técnico o los entusiasmos románticos por la prometeica y exuberante naturaleza americana. Todo ello exigió elaborar manuales de historia o símbolos patrios, así como un redescubrimiento de las posibilidades del pasado y del presente, sobre el que siguen asentándose las principales corrientes ideológicas hoy vigentes en Latinoamérica.

No es frecuente la aparición de un libro de propósitos tan ambiciosos y sería muy de lamentar que la escasa visibilidad del sello editorial que lo difunde lo convirtieran en una obra secreta: otra más para consumo de eruditos. Quien lo lea disfrutará de una perspectiva no eurocéntrica del proceso de constitución histórica de un continente, y sabrá de la extraña viscosidad de las ideas políticas y el infatigable drama de la identidad nacional en países subdesarrollados, mucho más que de lugares comunes, como es el hábito en los manuales al uso.

Antonio LAFUENTE
*Centro de Estudios Históricos
 CSIC, Madrid*

Anne STAPLES: *Bonanzas y borrascas mineras. El Estado de México, 1821-1876*, México: El Colegio Mexiquense, Industrias Peñoles, 1994, 375 pp.

Bonanzas y borrascas mineras... evoca el paisaje de los pueblos mineros que contemplan al mundo no sólo mirando el reflejo del horizonte. Este libro, nos encamina por una tierra extraña, llena de peligros, supersticiones, y nos permite acercarnos a las profundidades más lejanas, más allá de nuestra imaginación.

Tal vez por esta razón el mundo de los mineros es ajeno al mundo de la gente común; guarda mucha distancia con los modos y formas de vida de los hombres de la ciudad y del campo; son semejantes pero distintos, constituyen una especie de tercera opción.

Los pueblos mineros tienen una geografía montañosa y cubierta de bruma; el paisaje hostil —aunque cautivador— nos pinta con detalle la azarosa vida de un grupo social poco com-